

EDWARD GIBBON

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL
IMPERIO ROMANO

TOMO II



TURNER

*Historia de la decadencia
y caída del Imperio Romano*

Tomo II

*Desde Juliano hasta la partición del Imperio
(años 312 a 398)*

*Invasiones de los bárbaros
(años 395 a 582)*

EDWARD GIBBON

TRADUCCIÓN DE JOSÉ MOR FUENTES

BIBLIOTECA TURNER



Título original:

The History of the Decline and Fall of the Roman Empire

Primera edición en castellano: Turner, 1984

Traducción original de José Mor Fuentes

Esta edición, revisada y actualizada por Luis Alberto Romero:

© 2006 Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Ilustración de cubierta:

Virgilio y dos musas, siglo III © ALBUM / Erich Lessing.

Musée du Bardo, Túnez

ISBN (Obra completa): 978-84-15427-20-9

ISBN (Tomo II): 978-84-15427-17-9

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

ÍNDICE

El triunfo del cristianismo y la división del Imperio

Nota bibliográfica

- XXI Persecución de la herejía. Cisma de los donatistas. Controversia arriana. Desquiciamiento de la Iglesia y del Estado bajo Constantino y sus hijos. Tolerancia al paganismo
- XXII Las legiones de Galia declaran emperador a Juliano. Su marcha y éxito. Muerte de Constancio. Administración civil de Juliano
- XXIII Religión de Juliano. Tolerancia universal. Restablecimiento y reforma del culto pagano. Reedificación del templo de Jerusalén. Hábil persecución de cristianos. Fanatismo e injusticia
- XXIV Residencia de Juliano en Antioquía. Su expedición venturosa contra los persas. Tránsito del Tigris. Retirada y muerte de Juliano. Elección de Joviano. Salvación del ejército romano con un tratado indecoroso
- XXV Gobierno y muerte de Joviano. Elección de Valentiniano, quien se asocia a su hermano Valente y hace

la división final entre los imperios de Oriente y Occidente. Rebelión de Procopio. Administración civil y eclesiástica. Germania. Bretaña. África. El Oriente. El Danubio. Muerte de Valentiniano. Sus dos hijos, Graciano y Valentiniano II, sucesores en el Imperio occidental

- XXVI Costumbres de las naciones pastoriles. Avance de los hunos desde China hasta Europa. Huida de los godos. Atraviesan el Danubio. Guerra gótica. Derrota y muerte de Valente. Graciano inviste con el Imperio de Oriente a Teodosio. Su carácter y sus éxitos. Paz y establecimiento de los godos
- XXVII Muerte de Graciano. Ruina del arrianismo. San Ambrosio. Primera guerra civil contra Máximo. Carácter, administración y penitencia de Teodosio. Muerte de Valentiniano II. Segunda guerra civil contra Eugenio. Muerte de Teodosio
- XXVIII Destrucción final del paganismo. Introducción del culto de los santos y las reliquias entre los cristianos
- XXIX División definitiva del Imperio Romano entre los hijos de Teodosio. Reinado de Arcadio y Honorio. Gobierno de Rufino y de Estilicón. Rebelión y derrota de Gildo en África

Hunos, godos, germanos. Las invasiones del siglo v

Nota bibliográfica

- XXX Rebelión de los godos. Saquean Grecia. Dos grandes invasiones de Italia por Alarico y Radagasto. Los rechaza Estilicón. Correrías de los germanos por la Galia. Usurpación de Constantino en Occidente. Deshonra y muerte de Estilicón
- XXXI Invasión de Alarico a Italia. Costumbres del Senado romano y del pueblo. Los godos sitian Roma tres veces y, por último, la saquean. Muerte de Alarico. Los godos evacuan Italia. Caída de Constantino. Los bárbaros ocupan Galia y España. Independencia de Bretaña
- XXXII Arcadio emperador de Oriente. Régimen y caída de Eutropio. Rebelión de Gainas. Persecución de san Juan Crisóstomo. Teodosio II, emperador de Oriente. Su hermana, Pulquería. Su mujer, Eudoxia. Guerra de Persia, división de Armenia
- XXXIII Muerte de Honorio. Valentiniano III, emperador de Occidente. Gobierno de su madre, Placidia. Aecio y Bonifacio. Conquista de África por los vándalos
- XXXIV Carácter, conquistas y corte de Atila,

rey de los hunos. Muerte de Teodosio el Menor. Ascenso de Marciano al Imperio de Oriente

XXXV Invasión de Galia por Atila. Ecio y los visigodos lo rechazan. Atila invade y evacua Italia. Muerte de Atila, de Ecio y de Valentiniano III

XXXVI Genserico, rey de los vándalos, saquea Roma. Sus piraterías. Sucesión de los últimos emperadores de Occidente: Máximo, Avito, Mayoriano, Severo, Antemio, Olibrio, Glicerio, Nepote, Augústulo. Exterminio absoluto del Imperio de Occidente. Reinado de Odoacro, primer rey bárbaro de Italia

XXXVII Origen, progresos y efectos de la vida monástica. Conversión de los bárbaros al cristianismo y al arrianismo. Persecución de los vándalos en África. Extinción del arrianismo entre los bárbaros

La ruina del Imperio Romano

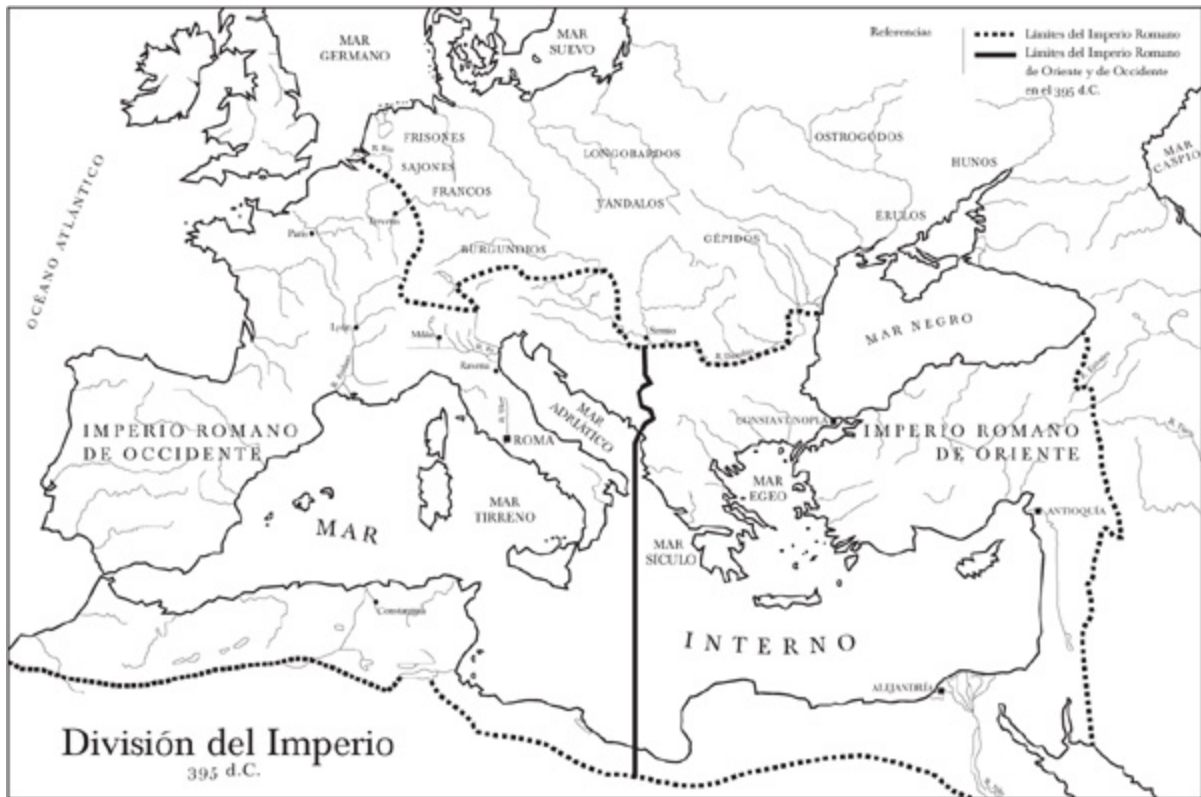
Nota bibliográfica

XXXVIII Reinado y conversión de Clodoveo. Sus victorias sobre los alamanes, borgoñones y visigodos. Establecimiento de la monarquía francesa en la Galia. Leyes de los bárbaros. Estado de los romanos. Los

visigodos de España. Conquista de
Britania por los sajones

Observaciones generales sobre la ruina
del Imperio Romano en el Occidente

Notas



EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO Y LA DIVISIÓN DEL IMPERIO

Nota bibliográfica

En estos capítulos Gibbon se refiere a la sucesión de los emperadores entre Constantino y Teodosio. Es posible observar aquí el proceso sufrido por el Imperio entre el establecimiento del cristianismo como religión oficial y su unificación (ambos llevados a cabo por Constantino), por un lado, y la prohibición de las prácticas paganas, por el otro, que junto con la división administrativa del Imperio dispone Teodosio. Gibbon lo analiza a través de la personalidad y el comportamiento de los distintos emperadores, entre los que destaca Juliano, llamado el Apóstata por haber restaurado las prácticas paganas, de quien destaca su tolerancia y su vuelta a los valores helénicos. Por otro lado, pone su mirada en las migraciones y movimientos de los pueblos vecinos al Imperio Romano y el modo como éstos afectan a la cultura romana.

La historiografía moderna ha considerado este siglo dentro de la caracterización más amplia de lo que se ha llamado la Antigüedad Tardía, un período en el que encuentra diversos rasgos singulares y específicos y en el que se han identificado distintos procesos. Uno de los aspectos que concentran la atención historiográfica, tanto con referencia al siglo IV d.C. como al siglo V (véase “Hunos, godos, germanos. Las invasiones del siglo V”, p. 297, es la transformación de las estructuras socioeconómicas que conforman lo que, de manera más global, se ha llamado la transición del esclavismo al feudalismo. Las migraciones internas primero y las invasiones después dieron a esta estructura social nuevas características. Otro de los aspectos particularmente considerados es el afianzamiento de las instituciones eclesiásticas y la manera como éstas se incorporan al cuadro de las instituciones del Imperio.

Visión general del Bajo Imperio: M. Rostovtzeff, Historia social y económica del Imperio Romano, Madrid, Espasa-Calpe, 1962. L. Homo, L'Empire Romain, le Gouvernement du Monde, la Défense du Monde, l'Exploitation du Monde, París, 1925. P. Garnsey y R. Saller, El Imperio Romano. Economía, sociedad y

cultura, *Barcelona, Crítica, 1991*. C. Wells, *El Imperio Romano, Madrid, Taurus, 1986*. F. Millar, *The Emperor in the Roman World (31 B.C. - A.D. 337), Londres, 1977*. L. Harmand, *L'Occident Romain (31 av. J.C. à 325 ap J.C.), París, 1970*. S. Mazzarino, *L'Impero Romano (3 vols.), Bari, 1976*. Ch. G. Starr, *The Roman Empire 27 B.C.- A.D. 476. A Study in Survival, Oxford, 1982*. F. Millar, *El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, Historia Universal Siglo XXI, tomo IV, Madrid, 1975*. F. Altheim, *Historia de Roma, 3 vols., México, 1961*. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire. An Administrative, Economic and Social Survey. Oxford 1973*. A.A.VV., *The Late Empire, Cambridge, 1956*. A. H. M. Jones, J. R. Martindale, J. Morris, *The Prosography of the Later Roman Empire 260-395, Cambridge, 1971*. A. Cameron y P. Garnsey, *The Cambridge Ancient History, vol. XII. The Late Empire, A. D. 337-425., Cambridge University Press, 1998*. F. G. Maier, *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglo III-VIII, Historia Universal Siglo XXI, tomo V, México, 1968*.

Visión del período: J. Archi (ed.), *Istituzioni Giuridiche e Realtà Politiche nel Tardo Impero (III-V sec. d.C.). Milán, 1976*. R. R. Macmullen, *Corruption and Decline of Rome, New Haven, 1988*. S. Mazzarino, *Antico, Tardoantico ed Era Costantiniana. Bari, 1974*. A. Chastagnol, *L'Evolution Politique, Social et Économique du Monde Romain (284-363), París, 1982*. P. Brown, *The Making of Late Antiquity, Harvard, 1978*. P. Brown, *El mundo antiguo tardío, Madrid, Taurus, 1989*. A. Chastagnol, *Le Bas-Empire. París, 1981*. G. Dragon, *Naissance d'une Capitale: Constantinople et ses Institutions de 330 à 451, París, 1974*. P. Athanassiadi, *Julian: An Intellectual Biography, Londres, Oxford, 1992*.

Sobre el Senado: M. T. W. Arnheim, *The Senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire, Oxford, 1972*. R. Talabert, *The Senate of Imperial Rome, Princeton, 1984*. A. Alföldi, *A Conflict*

of Ideas in the Late Roman Empire: The Clash Between the Senate and Valentinian I, *Oxford*, 1952.

Enfoque social y económico: *H. Boulvert*, *Domestique et Fonctionnaire sous le Haut-Empire Romain*, *París*, 1974. *P. Garnsey*, *Social Status and Roman Privilege in the Roman Empire*, *Oxford*, 1970. *R. P. Duncan-Jones*, *Structure and Scale in the Roman Economy*, *Cambridge*, 1990. *A. Marcone*, *Il Colonato Tardoantico nella Storiografia Moderna (da Fustel de Coulanges ai Nostri Giorni)*, 1998.

La transformación religiosa: *R. R. Macmullen*, *Paganism in the Roman Empire*, *New Haven*, 1981. *R. R. Macmullen*, *Christianizing the Roman Empire (100-400 A. D.)*, *New Haven*, 1984. *A. Momigliano (ed.)*, *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, *Madrid*, *Alianza*, 1989. *R. Teja*, *Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV, según los padres Capadocios*, *Salamanca*, 1974. *N. Q. King*, *The Emperor Theodosius and the Establishment of Christianity*, *Londres*, 1961.

Cultura y sociedad: *F. Altheim*, *Visión de la tarde y de la mañana de la Antigüedad a la Edad Media*, *Buenos Aires*, 1965. *Georges Duby y Michell Perrot (dirs.)*, *Historia de las mujeres. La Antigüedad*, *Madrid*, *Taurus*, 1991, tomo I. *Philippe Ariès y Georges Duby*, *Historia de la vida privada, 2 tomos*, *Madrid*, *Taurus*, 1988. *J. W. Binns (ed.)*, *Latin Literature of the fourth Century*, *Londres*, 1974.

XXI

PERSECUCIÓN DE LA HEREJÍA - CISMA DE LOS DONATISTAS - CONTROVERSA ARRIANA - DESQUICIAMIENTO DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO BAJO CONSTANTINO Y SUS HIJOS - TOLERANCIA AL PAGANISMO

El aplauso agradecido del clero consagró la memoria de un príncipe que consintió sus pasiones y acrecentó sus intereses. Constantino les dio seguridad, riqueza, honores y venganza; y el mantenimiento de la fe ortodoxa fue considerado como el deber más sagrado e importante del magistrado civil. El edicto de Milán, la gran cédula de la tolerancia, había confirmado a todo individuo del mundo romano el privilegio de elegir y profesar su propia religión. Pero este inestimable privilegio pronto fue violado: con el conocimiento de la verdad el emperador asimiló las máximas de la persecución, y las sectas que discrepaban de la Iglesia católica fueron acosadas y oprimidas por el triunfo del cristianismo. Constantino creyó fácilmente que los herejes, a quienes suponía contrarios a *sus* opiniones u opuestos a *sus* mandatos, eran culpables de la obstinación más absurda y criminal, y que la aplicación oportuna de un moderado rigor podía salvar a esos infelices del peligro de una condena eterna. Se excluyó de inmediato a los ministros y maestros de las diversas congregaciones de cualquier participación en las recompensas e inmunidades que el emperador había otorgado tan liberalmente al clero ortodoxo. Pero como los sectarios aún podían existir bajo la deshonra imperial, la conquista de Oriente fue acompañada por un edicto que anunciaba su total destrucción.¹ Tras un preámbulo lleno de pasión y censura, Constantino prohíbe

absolutamente las asambleas de los herejes y confisca sus propiedades públicas para el uso de la renta o de la Iglesia católica. Las sectas contra las cuales la severidad imperial fue directa parecen haber sido la de Paulo Samosata; la de los montanistas de Frigia, que mantenían una entusiasta sucesión de profecías; los novacianos, que rechazaban duramente la eficacia temporal del arrepentimiento; los marcionitas y valentinianos, bajo cuyas banderas predominantes se habían ido reuniendo imperceptiblemente los varios gnósticos de Asia y de Egipto; y quizá los maniqueos, que acababan de importar de Persia una teología más ingeniosa que combinaba la oriental y la cristiana.² El proyecto de eliminar el nombre, o al menos de restringir los progresos, de aquellos odiosos herejes fue ejecutado con vigor y eficacia. Algunas disposiciones penales fueron copiadas de los edictos de Diocleciano, y este método de conversión mereció el aplauso de los mismos obispos que habían sentido la mano de la opresión y habían suplicado por los derechos de la humanidad. Dos circunstancias irrelevantes pueden servir, sin embargo, para probar que el ánimo de Constantino no estaba enteramente corrompido por el espíritu del celo y la intolerancia. Antes de condenar a los maniqueos y a sus sectas allegadas, resolvió hacer una cuidadosa investigación sobre la naturaleza de sus principios religiosos. Como si desconfiara de la imparcialidad de sus consejeros eclesiásticos, dio este delicado encargo a un magistrado civil, cuya sabiduría y moderación le merecían justo aprecio, pero cuya venalidad probablemente ignoraba.³ El emperador pronto se convenció de que había proscrito muy apresuradamente la fe ortodoxa y la moralidad ejemplar de los novacianos, quienes disentían de la Iglesia en algunos artículos de disciplina que tal vez no eran esenciales para la salvación. Por un edicto particular los eximió de las penas generales de la ley,⁴ les permitió construir una iglesia en

Constantinopla, respetó los milagros de sus santos, convidó a su obispo, Acesio, al concilio de Nicea y ridiculizó amistosamente los estrictos principios de su secta con una broma familiar que, de boca de un soberano, debió de recibirse con agasajo y gratitud.⁵

Las quejas y acusaciones mutuas que atacaron el trono de Constantino, tan pronto como la muerte de Majencio sometió África a sus armas victoriosas, mal podían edificar a un prosélito imperfecto (312 d.C.). Se enteró con sorpresa de que las provincias de aquel extenso país, desde los confines de Cirene hasta las columnas de Hércules, estaban trastornadas por las discordias religiosas.⁶ El origen de la división derivaba de una doble elección en la iglesia de Cartago, la segunda en jerarquía y opulencia de los tronos eclesiásticos de Occidente. Ceciliano y Mayorino eran los primados rivales de África, y la muerte del segundo pronto hizo lugar a Donato, quien, por su mayor capacidad y sus aparentes virtudes, era el soporte más firme de su partido. La ventaja que Ceciliano podía reclamar por la anterioridad de su ordenación fue destruida por el ilegal, o al menos indecente, apresuramiento con que se ejecutó, sin esperar la llegada de los obispos de Numidia. La autoridad de aquellos obispos, que en número de setenta condenaron a Ceciliano y consagraron a Mayorino, se debilita por la infamia de algunos de sus caracteres personales y por las intrigas femeninas, los acuerdos sacrílegos y los tumultuosos procesos que se imputan a este concilio numídico.⁷ Los obispos de las facciones contendientes mantenían, con el mismo ardor y obstinación, que sus adversarios se habían degradado, o al menos deshonrado, por el odioso crimen de entregar las Sagradas Escrituras a los funcionarios de Diocleciano. Tanto de sus mutuas acusaciones como de la historia de esta oscura transacción puede inferirse con justicia que la última persecución había resentido el entusiasmo, sin reformar las costumbres, de los

cristianos de África. Aquella Iglesia dividida era incapaz de proporcionar un jurado imparcial; la controversia fue juzgada solemnemente en cinco tribunales sucesivos nombrados por el emperador, y todo el proceso, desde la primera apelación hasta la sentencia final, duró más de tres años. Una rigurosa investigación llevada a cabo por el vicario pretoriano y el procónsul de África, el informe de dos visitadores episcopales enviados a Cartago, los decretos de los concilios de Roma y de Arles, y el juicio supremo del mismo Constantino en su consistorio sagrado, todo fue favorable a la causa de Ceciliano, quien quedó unánimemente reconocido por las autoridades civiles y eclesiásticas como el verdadero y legítimo primado de África. Se atribuyeron los honores y bienes de la Iglesia a sus obispos subordinados, y no fue fácil satisfacer a Constantino imponiendo la pena de exilio a los principales líderes de la facción donatista. Como su causa se examinó con atención, tal vez fue determinada con justicia. Quizás no era infundada su queja de que las habilidades insidiosas de su privado Osio habían abusado de la credulidad del emperador. La influencia de la mentira y la corrupción puede haber conseguido la condena del inocente o agravado la pena del culpable. Sin embargo, tal acto de injusticia, si zanjó una contienda incómoda, puede contarse entre los daños pasajeros de un régimen despótico, que ni se sienten ni se recuerdan en la posteridad.

Pero este incidente, tan insignificante que apenas merece un lugar en la historia, produjo un memorable cisma (315 d.C.) que afectó a las provincias de África durante más de tres siglos y se extinguió sólo con el propio cristianismo. El celo inflexible de libertad y fanatismo animaba a los donatistas a negar su obediencia a los usurpadores, cuya elección discutían y cuya potestad espiritual rechazaban. Excluidos de la comunión civil y religiosa con el resto de la humanidad, la excomulgaban audazmente por haber

abrazado la impía causa de Ceciliano y de los traidores que lo consagraron. Afirmaban con seguridad y casi con euforia que se había interrumpido la sucesión apostólica, que todos los obispos de Europa y Asia estaban infectados con la culpa y el cisma, y que las prerrogativas de la Iglesia católica estaban confinadas sólo a la parte elegida de los creyentes africanos, que habían conservado la integridad de su fe y su disciplina. Corroboraban tan rígida teoría con la conducta más despiadada. Toda vez que recibían a un convertido, aun de las lejanas provincias del Oriente, repetían cuidadosamente los sagrados ritos del bautismo⁸ y la ordenación, por cuanto rechazaban la validez de los que habían recibido de manos de los herejes o cismáticos. Obispos, vírgenes y hasta niños inocentes tenían que someterse a una penitencia pública antes de que se los admitiera en la comunión de los donatistas. Si tomaban posesión de una iglesia que había sido usada por sus adversarios católicos, purificaban el profanado edificio con el mismo ahínco que hubiera requerido un templo de ídolos. Lavaban el pavimento, raspaban las paredes, quemaban el altar -que solía ser de madera-, fundían las alhajas consagradas, arrojaban la santa eucaristía a los perros, y todas las circunstancias de ignominia que pudieran provocar y perpetuar la animosidad de las facciones religiosas.⁹ No obstante esta aversión irreconciliable, ambos partidos, que estaban mezclados y separados en todas las ciudades de África, tenían el mismo idioma y costumbres, el mismo celo y enseñanza, la misma fe y adoración. Proscritos por el poder civil y eclesiástico del Imperio, los donatistas aún mantenían en algunas provincias, particularmente en Numidia, su superioridad numérica; y cuatrocientos obispos reconocían la jurisdicción de su primado. Pero el espíritu invencible de la secta se alimentaba a veces de sus propios órganos, y el regazo de su Iglesia cismática se desgarró en divisiones intestinas. La cuarta parte de los obispos

donatistas seguían las banderas independientes de los maximianistas. La senda angosta y solitaria que sus primeros líderes habían marcado seguía desviándose de la sociedad general de la humanidad. Hasta la secta casi invisible de los rogacianos afirmaba, sin sonrojarse, que cuando Cristo viniera a juzgar el mundo hallaría su verdadera religión preservada sólo en unas cuantas aldeas desconocidas de la Mauritania Cesárea.¹⁰

El cisma de los donatistas quedó confinado a África, pero fue más extendido el daño de la controversia trinitaria, que penetró sucesivamente en todos los ámbitos del mundo cristiano. El primero fue una contienda accidental, ocasionada por un abuso de libertad; el segundo era una discusión importante y misteriosa, derivada del abuso de la filosofía. Desde el tiempo de Constantino hasta el de Clodoveo y Teodorico, los intereses temporales de romanos y de bárbaros estaban estrechamente ligados a las contiendas teológicas del arrianismo. El historiador, por lo tanto, puede permitirse descorrer respetuosamente el velo del santuario y deducir el desarrollo de la razón y la fe, del error y el apasionamiento, desde la escuela de Platón hasta la decadencia y caída del Imperio.

La inteligencia de Platón, formada por sus propias meditaciones o por el conocimiento tradicional de los sacerdotes egipcios,¹¹ se aventuró a explorar la naturaleza misteriosa de la Divinidad. Cuando elevó su mente a la sublime contemplación del primer ser que existió por sí mismo, causa imprescindible del universo, el sabio ateniense fue incapaz de concebir *cómo* la simple unidad de su esencia podía abarcar la infinita variedad de ideas distintas y sucesivas que componen el modelo del mundo intelectual; *cómo* un Ser puramente incorpóreo podía ejecutar aquel modelo perfecto y moldear con mano plástica el caos tosco e independiente. La vana esperanza de librarse de

esas dificultades, que siempre agobiarán los débiles poderes de la mente humana, indujo a Platón a considerar la naturaleza divina bajo una triple modificación: la causa primera, la razón o el *logos* y el alma o espíritu del universo. A veces su fantasía poética fijaba y animaba esas abstracciones metafísicas: los tres principios *árquicos* u originales se representaban en el sistema platónico como tres dioses unidos mutuamente por una generación misteriosa e inefable; y el *logos*, particularmente, se consideraba bajo el carácter más accesible de Hijo de un Padre Eterno, y Creador y Gobernador del mundo. Tales parecen haber sido las doctrinas secretas que se murmuraban cautelosamente en los jardines de la Academia, y que, según los discípulos más modernos de Platón, no terminaban de entenderse sino con un estudio muy asiduo de treinta años.¹²

Las armas de los macedonios difundieron por Asia y Egipto el idioma y el conocimiento griegos, y el sistema teológico de Platón se enseñó, con menos reserva y tal vez con mejoras, en la reconocida escuela de Alejandría.¹³ Los ptolomeos invitaron a una numerosa colonia de judíos a establecerse en su nueva capital.¹⁴ Mientras la mayor parte de la nación practicaba sus ceremonias legales y se dedicaba a las ocupaciones lucrativas del comercio, unos cuantos hebreos de espíritu más liberal consagraban sus vidas a la contemplación religiosa y filosófica.¹⁵ Cultivaron con diligencia y abrazaron con ardor el sistema teológico del sabio ateniense. Pero su orgullo nacional se hubiera avergonzado con la justa confesión de su primitiva pobreza, y remarcaban con descaro, como herencia sagrada de sus antepasados, el oro y las joyas que últimamente habían robado a sus maestros egipcios. Un siglo antes del nacimiento de Cristo, los judíos de Alejandría produjeron un tratado filosófico que revela claramente el estilo y los

conceptos de la escuela de Platón, y que fue recibido unánimemente como una reliquia valiosa y genuina de la sabiduría inspirada de Salomón.¹⁶ Una unión similar de la fe mosaica y la filosofía griega distingue el trabajo de Filón, que fue compuesto, en su mayor parte, bajo el reinado de Augusto.¹⁷ El alma material del universo¹⁸ podía ofender la religiosidad de los hebreos, pero aplicaron el concepto de *logos* al Jehová de Moisés y de los patriarcas; y el Hijo de Dios habitó la tierra bajo una apariencia visible e incluso humana, para desempeñar esos oficios familiares que parecen incompatibles con la naturaleza y los atributos de la Causa Universal.¹⁹

La elocuencia de Platón, el nombre de Salomón, la autoridad de la escuela de Alejandría y el consentimiento de judíos y griegos eran insuficientes para establecer la verdad de una doctrina misteriosa, que podía agradar pero no satisfacer a la racionalidad (97 d. C.). Sólo un profeta o apóstol inspirado por la Divinidad puede ejercer un dominio lícito sobre la fe de la humanidad; y la teología de Platón se hubiera confundido para siempre con las visiones filosóficas de la Academia, del Pórtico y del Liceo, si el nombre y los atributos divinos del *logos* no hubieran sido confirmados por la pluma celestial del último y más sublime de los evangelistas.²⁰ La revelación cristiana, que se consumó bajo el reinado de Nerva, mostró al mundo el asombroso secreto de que el *logos*, que estaba desde el principio con Dios y era Dios, que lo hizo todo y para quien todo fue hecho, se encarnó en la persona de Jesús de Nazaret, que nació de una virgen y padeció la muerte en la cruz. Además del proyecto general de establecer las bases perpetuas de la honra divina de Cristo, los escritores eclesiásticos más antiguos y respetables atribuyen al teólogo evangélico la intención particular de refutar dos herejías opuestas que trastornaron la paz de la Iglesia primitiva.²¹

I) La fe de los ebionitas,²² y quizá de los nazarenos,²³ era tosca e incompleta. Reverenciaban a Jesús como el mayor de los profetas, dotado de virtud y poderío sobrenatural. Atribuían a su persona y a su futuro imperio todas las predicciones de los oráculos hebreos relativas al reino espiritual y eterno del prometido Mesías.²⁴ Algunos podían admitir que había nacido de una virgen, pero todos rechazaban obstinadamente la existencia anterior y las perfecciones divinas del *logos* o Hijo de Dios, que tan claramente se definen en el Evangelio de san Juan. Cerca de medio siglo después, los ebionitas, cuyos errores menciona Justino Mártir con menos severidad de la que parecen merecer,²⁵ eran una parte insignificante del cristianismo.

II) Los gnósticos, que se conocían por el sobrenombre de *docetes*, se desviaban al extremo opuesto, y mientras afirmaban la naturaleza divina de Cristo, consideraban falsa su parte humana. Educados en la escuela de Platón, acostumbrados al concepto sublime del *logos*, concibieron rápidamente que el brillante *Eon*, o *Emanación* de la Divinidad, podía asumir la forma externa y la apariencia visible de un mortal,²⁶ pero pretendían vanamente que las imperfecciones de la materia son incompatibles con la pureza de una sustancia celeste. Mientras la sangre de Cristo todavía humeaba en el monte Calvario, los docetes concibieron la impía y extravagante hipótesis de que, en vez de salir de las entrañas de una virgen,²⁷ había descendido a las orillas del Jordán en una forma ya perfectamente adulta, que se había impuesto sobre los sentidos de sus enemigos y sus discípulos, y que los ministros de Pilatos habían desperdiciado su ira impotente sobre un fantasma etéreo que *pareció* morir en la cruz y resucitar a los tres días.²⁸

La autorización divina otorgada por el apóstol al principio fundamental de la teología platónica estimuló a los prosélitos eruditos del segundo y el tercer siglos a admirar y

estudiar los escritos del sabio ateniense, que así había anticipado maravillosamente uno de los descubrimientos más asombrosos de la revelación cristiana. El respetado nombre de Platón fue usado por los ortodoxos²⁹ y abusado por los herejes³⁰ como el apoyo común de la verdad y el error: se empleó la autoridad de sus hábiles comentadores y la ciencia de los dialécticos para justificar las remotas consecuencias de sus opiniones y para abastecer el discreto silencio de los escritores inspirados. En las escuelas filosóficas y cristianas de Alejandría se trataban las mismas sutiles y profundas cuestiones concernientes a la naturaleza, la generación, la diferencia y la igualdad de las tres personas divinas de la misteriosa *Tríada* o Trinidad.³¹ Una ávida curiosidad los urgía a explorar los secretos del abismo, y el orgullo de los profesores y de sus discípulos se satisfacía con la ciencia de las palabras. Pero el teólogo cristiano más perspicaz, el gran Atanasio, confesó candorosamente³² que cada vez que forzaba su entendimiento para meditar sobre la divinidad del *logos*, sus penosos y vanos esfuerzos retrocedían sobre sí mismos, que cuanto más recapacitaba, menos entendía, y que cuanto más escribía, menos acertaba a expresar sus conceptos. A cada paso de la investigación estamos obligados a palpar y reconocer la desproporción ilimitada entre la medida del objeto y la capacidad de la mente humana. Podemos intentar abstraer las nociones de tiempo, espacio y materia, tan estrechamente unidas a todas las percepciones de nuestro conocimiento empírico; pero tan pronto como procuramos razonar sobre la sustancia infinita y sobre la generación espiritual, tan pronto como deducimos cualquier conclusión positiva de una idea negativa, nos envolvemos en la oscuridad, la perplejidad y las inevitables contradicciones. Como estas dificultades surgen de la naturaleza del objeto, abruman con el mismo insuperable peso al polemista filósofo y al teólogo; pero debemos

observar dos circunstancias esenciales y peculiares que distinguen las doctrinas de la Iglesia católica de las opiniones de la escuela platónica.

I) Una sociedad selecta de filósofos, hombres de una educación liberal y una disposición curiosa, podía meditar en silencio y discutir con moderación, en los jardines de Atenas o la biblioteca de Alejandría, las cuestiones recónditas de la ciencia metafísica. Las altas especulaciones, que ni convencían al entendimiento ni agitaban las pasiones de los mismos platónicos, eran desatendidas por los ociosos, por los atareados, e incluso por la parte estudiosa de la humanidad.³³ Pero una vez que el *logos* fue revelado como el objeto sagrado de la fe, la esperanza y el culto religioso de los cristianos, una creciente multitud adhirió al misterioso sistema en todas las provincias del mundo romano. Las personas que por su edad, sexo u ocupación eran las menos calificadas para juzgar, las menos ejercitadas en los hábitos del razonamiento abstracto, aspiraban a considerar la economía de la Naturaleza Divina; y Tertuliano³⁴ se jacta de que un artesano cristiano podía contestar fácilmente cuestiones que hubieran confundido al más sabio de los griegos. En un tema tan fuera de nuestro alcance, la diferencia entre la comprensión humana más alta y la más baja puede calcularse, en realidad, como infinitamente pequeña; y el grado de debilidad tal vez puede medirse por el grado de obstinación y confianza dogmática. Estas especulaciones, en lugar de ser tratadas como un entretenimiento para el tiempo libre, se convirtieron en el asunto más serio para la vida presente y en la preparación más útil para la futura. Una teología en la que era necesario creer, de la que era impío dudar, y que podía ser peligroso, e incluso fatal, confundir, se convirtió en el tema central de la meditación privada y del discurso popular. La fría indiferencia de la filosofía se inflamó con el espíritu ferviente de la devoción, e

incluso las metáforas del lenguaje común sugerían los falaces prejuicios de los sentidos y la experiencia. Los cristianos, que aborrecían la ruda e impura generación de la mitología griega,³⁵ se inclinaban a argüir la analogía familiar de las relaciones paterna y filial. El carácter de *Hijo* parecía implicar la subordinación perpetua al autor voluntario de su existencia;³⁶ pero como se supone necesariamente que el acto de la generación, en su sentido más espiritual y abstracto, transmite las propiedades de una naturaleza común,³⁷ no se atrevían a circunscribir los poderes y la duración del Hijo de un Padre eterno y omnipotente. Ochenta años después de la muerte de Cristo, los cristianos de Bitinia declararon ante el tribunal de Plinio que lo invocaban como un Dios; y las diversas sectas que toman el nombre de sus discípulos³⁸ han perpetuado sus honores divinos en todas las edades y países. Su entrañable reverencia a la memoria de Cristo y el horror ante el culto profano de cualquier ser creado los hubieran llevado a afirmar la divinidad igual y absoluta del *logos*, si su rápido ascenso hacia el trono de los cielos no se hubiera reprimido ante el temor de violar la unidad y supremacía única del gran Padre de Cristo y del universo. La incertidumbre y la fluctuación que estas tendencias opuestas producían en el ánimo de los cristianos pueden observarse en los escritos de los teólogos que florecieron después de la edad apostólica y antes del origen de la controversia arriana. Tanto los católicos como los herejes reclaman su voto con igual confianza; y los críticos más inquisitivos confiesan con justicia que, si tuvieron la buena suerte de poseer la verdad católica, expresaron sus conceptos en un lenguaje inexacto, descuidado y a veces contradictorio.³⁹

II) La primera circunstancia que diferenciaba a los cristianos de los platónicos era la devoción de los individuos: la segunda era la autoridad de la Iglesia. Los alumnos de esa filosofía afirmaban los derechos de la

libertad intelectual, y su respeto a las opiniones de sus maestros era un tributo liberal y voluntario que ofrecían a la razón superior. Pero los cristianos constituían una sociedad numerosa y disciplinada, y sus leyes y magistrados ejercían una estricta jurisdicción sobre la mentalidad de los fieles. Los actos de fe y las confesiones gradualmente confinaban los extravíos de la imaginación,⁴⁰ la libertad de los juicios privados se sometía a la sabiduría pública de los sínodos, la autoridad de un teólogo estaba determinada por su rango eclesiástico y los sucesores episcopales de los apóstoles aplicaban las censuras de la Iglesia a cuantos se desviaban de la creencia ortodoxa. Pero en épocas de controversias religiosas todo acto opresivo renueva la fuerza elástica del entendimiento, y, a veces, motivos secretos de ambición o avaricia estimulaban el celo y la obstinación de los rebeldes espirituales. Un argumento metafísico se convertía en la causa o el pretexto para contiendas políticas; las sutilezas platónicas se usaban como insignias de facciones populares, y la distancia que separaba a sus respectivos dogmas se alargaba o magnificaba con la aspereza de la discusión. Mientras las oscuras herejías de Praxeas y de Sabelio se empeñaban en confundir al *Padre* con el *Hijo*,⁴¹ cabía disculpa en el partido ortodoxo si se adherían más estricta y seriamente a la *distinción* que a la *igualdad* de las personas divinas. Pero tan pronto como el calor de la controversia se calmó y los progresos de los sabelianos ya no fueron un objeto de terror para las Iglesias de Roma, África o Egipto, la corriente de la opinión teológica comenzó a fluir, con un movimiento suave pero firme, hacia el extremo contrario, y los doctores más ortodoxos se permitían el uso de términos y definiciones que habían censurado en boca de los sectarios.⁴² Después de que el edicto de tolerancia les devolvió la paz y el ocio a los cristianos, la controversia trinitaria revivió en el antiguo sitio del platonismo: la erudita, la opulenta, la tumultuosa ciudad de Alejandría; y la

llama de la discordia religiosa se extendió rápidamente de las escuelas al clero, al pueblo, a las provincias y al Oriente. La oscura cuestión de la eternidad del *logos* se trató en conferencias eclesiásticas y sermones populares; y las opiniones heterodoxas de Arrio⁴³ pronto se hicieron públicas por su propio celo y el de sus adversarios. Sus enemigos más implacables reconocieron la sabiduría y la vida intachable de aquel eminente presbítero que, en una elección anterior, había declinado, tal vez generosamente, sus pretensiones al trono episcopal.⁴⁴ Su competidor Alejandro asumió el cargo de su juez. La importante causa se discutió ante él; y, si al principio pareció dudar, finalmente pronunció su sentencia definitiva como una regla absoluta de fe.⁴⁵ El denodado presbítero, a quien se suponía resistente a la autoridad de su airado obispo, fue separado de la comunión de la Iglesia. Pero el aplauso de un numeroso sector sostuvo el orgullo de Arrio. Contaba entre sus seguidores inmediatos con dos obispos de Egipto, siete presbíteros, doce diáconos y (lo que parece casi increíble) setecientas vírgenes. Una gran mayoría de los obispos de Asia parecían apoyar o favorecer su causa; y sus disposiciones eran conducidas por Eusebio de Cesárea, el más erudito de los prelados cristianos, y por Eusebio de Nicomedia, que había adquirido la reputación de estadista sin desmerecer la de santo. Los sínodos de Palestina y Bitinia se oponían a los de Egipto. La disputa teológica atrajo la atención del príncipe y del pueblo; y la decisión, después de seis años,⁴⁶ fue remitida a la autoridad suprema del concilio general de Nicea.

Cuando los misterios de la fe cristiana se expusieron peligrosamente al debate público, pudo observarse que el entendimiento humano era capaz de concebir tres sistemas distintos, aunque imperfectos, concernientes a la naturaleza de la Divina Trinidad, y se resolvió que ninguno de ellos, en sentido puro y absoluto, estaba exento de herejía y error.⁴⁷

I) Según la primera hipótesis, sostenida por Arrio y sus discípulos, el *logos* era una producción dependiente y espontánea, creada de la nada por la voluntad del Padre. El Hijo, por quien se habían creado todas las cosas,⁴⁸ había sido engendrado con anterioridad a todos los mundos, y el período astronómico más largo podía compararse con un solo momento fugaz por lo extenso de su duración; pero esta duración no era infinita,⁴⁹ y había existido un tiempo anterior a la generación inefable del *logos*. El Padre Todopoderoso transmitió su grandioso espíritu a su único Hijo, y le imprimió el brillo de su gloria. Imagen visible de la perfección invisible, vio a una distancia incalculable bajo sus pies los tronos de los arcángeles más resplandecientes; pero relució sólo con luz refleja, y como los hijos de los emperadores romanos, investidos con los títulos de César y Augusto,⁵⁰ gobernó el universo en acuerdo a la voluntad de su Padre y Monarca.

II) En la segunda hipótesis, el *logos* poseía todas las perfecciones inherentes e incomunicables que la religión y la filosofía asignan al Dios Supremo. Tres entendimientos o sustancias diversas e infinitas, tres entidades idénticas y coeternas, componían la Esencia Divina;⁵¹ y hubiera implicado una contradicción que cualquiera de ellas no existiera o que cesara de existir en algún tiempo.⁵² Los partidarios de un sistema que parecía establecer tres divinidades independientes intentaban preservar la unidad de la Causa Primera, tan evidente en el plan y el orden del mundo, con la armonía constante de su administración y el acuerdo esencial de su voluntad. Puede descubrirse una vaga semejanza de esta unidad de acción en las sociedades de los hombres e incluso de los animales. Las causas que alteran su armonía proceden sólo de la imperfección y desigualdad de sus facultades; pero la omnipotencia, guiada

por la infinita sabiduría y bondad, no puede fallar al elegir los mismos medios para el logro de los mismos fines.

III) Tres seres que, por la necesidad derivada de su existencia, poseen todos los atributos divinos en un grado perfecto, que son eternos en duración, infinitos en espacio, íntimamente presentes uno en otro y en todo el universo, se imponen irresistiblemente a la mente atónita como uno y el mismo Ser,⁵³ que en la economía de la gracia, tanto como en la de la naturaleza, puede manifestarse bajo formas diferentes, y considerarse bajo diferentes aspectos. En esta hipótesis, una Trinidad efectiva y sustancial se refina como una trinidad de nombres y modificaciones abstractas que sólo subsiste en la mente que la concibe. El *logos* ya no es una persona, sino un atributo, y sólo en sentido figurado puede aplicarse el epíteto de Hijo a la razón eterna que estaba con Dios desde el principio y por *la cual*, no por *quien*, todas las cosas fueron hechas. La encarnación del *logos* se reduce a una mera inspiración de la Sabiduría Divina, que llenaba el alma y dirigía todas las acciones del hombre Jesús. Así, después de girar por el círculo teológico, nos sorprendemos de que el sabeliano termine donde el ebionita había empezado, y de que el inasequible misterio que excita nuestra adoración eluda nuestra investigación.⁵⁴

Si a los obispos del concilio de Nicea⁵⁵ se les había permitido seguir los dictados imparciales de su conciencia, mal podían Arrio y sus seguidores halagarse con la esperanza de obtener la mayoría de votos en favor de una hipótesis tan directamente adversa a las dos opiniones más populares del mundo católico. Los arrianos percibieron pronto su peligrosa situación, y prudentemente asumieron aquellas virtudes modestas que, en la furia de las controversias civiles y religiosas, rara vez se practican, ni aun se elogian, sino por el partido más débil. Recomendaban el ejercicio de la moderación y la caridad

cristiana, insistían en la naturaleza inexplicable de la controversia; rechazaban el uso de cualquier término o definición que no se hallara en las Escrituras, y complacían a sus adversarios, con muy generosas concesiones, sin renunciar a la integridad de sus propios principios. La facción victoriosa recibía todas sus propuestas con altanera sospecha, y buscaba ansiosamente alguna marca de distinción inconciliable cuyo rechazo pudiera envolver a los arrianos en la culpa y las consecuencias de la herejía. Se leyó públicamente y se rasgó con ignominia una carta en la cual su patrono, Eusebio de Nicomedia, confesaba ingenuamente que la admisión de *homoousion*, o consustancial, una palabra ya familiar entre los platónicos, era incompatible con los principios de su sistema teológico. Los obispos, que dictaban las resoluciones del sínodo, aprovecharon con entusiasmo esa oportunidad favorable, y, según la viva expresión de Ambrosio,⁵⁶ usaron la espada que la herejía misma había desenvainado para cortar la cabeza del odioso monstruo. El concilio de Nicea estableció la consustancialidad del Padre y el Hijo, y ésta fue recibida unánimemente como artículo fundamental de la fe cristiana por el consentimiento de las Iglesias griega, latina, oriental y protestante. Pero si la misma palabra no hubiese servido para estigmatizar a los herejes y para unir a los católicos, hubiese sido inadecuada al propósito de la mayoría, por la cual se incluyó en el credo ortodoxo. Esta mayoría se dividía en dos partidos que se distinguían por una tendencia contraria hacia las opiniones de los triteístas y de los sabelianos. Pero como esos extremos opuestos parecían derribar los fundamentos de la religión natural o de la revelada, acordaron mutuamente puntualizar el rigor de sus principios, y negar las consecuencias, justas pero peligrosas, que pudieran impulsar sus antagonistas. El interés de la causa común los inclinaba a juntarse y encubrir sus diferencias; su animosidad se suavizó con la

recomendación conciliadora de la tolerancia y sus contiendas se suspendieron con el uso del misterioso *homoousion*, que cada partido era libre de interpretar según su dogma particular. El sentido sabeliano, que cerca de medio siglo antes había obligado al concilio de Antioquía⁵⁷ a prohibir este famoso término, sedujo a aquellos teólogos que abrigaban un afecto parcial y reservado por la Trinidad nominal. Pero los santos más vigentes del tiempo arriano, el intrépido Atanasio, el erudito Gregorio Nacianceno y los otros pilares de la Iglesia que sostenían con habilidad y éxito la doctrina nicena, parecían considerar el concepto de *sustancia* como si fuera sinónimo de *naturaleza*, y se arriesgaban a ilustrar su significado afirmando que tres hombres, como pertenecen a la misma especie general, son consustanciales u *homoousios* entre sí.⁵⁸ Esta igualdad pura y marcada se atenuaba, por un lado, por la conexión interna y la penetración espiritual que une indisolublemente a las personas divinas,⁵⁹ y, por otro, por la preeminencia del Padre, que se reconocía en tanto fuera compatible con la independencia del Hijo.⁶⁰ Entre estos límites, el balón casi invisible y trémulo de la ortodoxia podía vibrar con confianza. A cada lado, más allá de este terreno consagrado, los herejes y los demonios acechaban emboscados para sorprender y devorar al infeliz vagabundo. Pero como el grado del odio teológico depende más del espíritu de la guerra que de la importancia de la controversia, los herejes que degradaban a la persona del Hijo eran tratados con mayor severidad que aquellos que la aniquilaban. Atanasio consumió su vida en la oposición irreconciliable con la *locura* impía de los arrianos,⁶¹ pero defendió durante más de veinte años el sabelianismo de Marcelo de Ancira, y cuando finalmente fue obligado a retractarse de esa vinculación, siguió mencionando con una ambigua sonrisa los leves errores de su respetable amigo.⁶²